

LA VIRGEN CABEZA (FRAGMENTOS)

Gabriela Cabezón Cámara*

NOTA DEL AUTOR

Hablamos de «realismo estallado» y se me impuso la imagen de un espejo roto, fragmentado en cientos de pedacitos filosos: textos que hacen uso (¿vale como forma de «reflejar»?) de algunos elementos de la «realidad» y que pretenden golpear, hacer sentir, hacer pensar. Y entretener también, por qué no. Los elementos de la cultura popular a los que yo recurre Leonardo Oyola —la lengua, las referencias al *rock* y al cine—, aquéllos a los que yo recorro —también la lengua, en mi caso mezclada con los clásicos literarios y algo de cumbia— y la construcción de espacios de ficción, por ejemplo las villas, con referentes bien concretos, creo que podrían considerarse, aun con su extrema fragmentación y con toda la libertad de la literatura, esquivas de realismo. En ese sentido, la apelación a lo sagrado, la exploración de ese imaginario, podría considerarse del mismo modo.

Tal vez, si se piensa en términos de «realismo estallado», casi toda la literatura, incluso la que juega más fuertemente a la abstracción, podría entrar en la categoría. Sólo porque las palabras significan, más allá del uso que se haga de ellas. Tomar la propia percepción del mundo y torcerla, darle vueltas, inventarle futuros, preñarla de ficción, de lo que podría ser dadas las condiciones reales y de lo que no, de todo eso que no puede existir más que en el lenguaje, es darle curso a una subjetividad, hecha de eso que es el sí mismo, para mí bastante inexplicable, y sobre todo de «lo otro». Y no conozco cosa más real que la propia subjetividad.

DATOS DE LA OBRA

Cabezón Cámara, G. (2009). *La Virgen Cabeza*. Buenos Aires: Eterna Cadencia. ISBN: 978-987-24830-7-4, pp. 51-54.

QUITY: «ENTRÉ A LA VILLA»

Entré a la villa un año y medio después, un día de noviembre. Era muy temprano, como las ocho; con Daniel pensamos que la hermana Cleopatra seguramente había redescubierto la mañana poco tiempo atrás, después de abandonar la vida nocturna. Había llovido mucho el día anterior y la villa resucitaba después del diluvio; estábamos tan hundidos en el barro que parecíamos emerger de ahí, como las primeras criaturas del dios de la Virgen que hablaba y sigue hablando con Cleopatra.

* Escritora y periodista argentina. Es editora de la sección de Cultura del diario Clarín. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: gcabezon@gmail.com

Gramma, XXIII, 49 (2012), pp. 282-284.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

El centro de El Poso se inundaba: cuando llovía no había pibes, la Virgen no atendía y los caminos del Señor se tornaban navegables. La pampa se ondula de trecho en trecho y en esos trechos la pirámide social se hace geografía; el agua cae para abajo, claro, y, todavía más claro, abajo están las villas. Arrastra los ranchitos más precarios y de vez en cuando ahoga a alguno. Por lo que puedo recordar, esa mañana los restos del naufragio eran sólo cartones de vino, jeringas, botellas de plástico y pañales. No había cadáveres. Los vivos charlábamos en grupitos marcando el ritmo de la cumbia de fondo con los pies mientras esperábamos a la Hermana entre los destellos del proletariado villero que estaba de pelo engominado, pirinchos parados, cintas de colores, ropa de gimnasia cara y zapatillas destellantes. Los chongos parecían bailarinas: avanzaban apoyando las puntitas de los pies sobre las piedras del barrial para conservar los brillos de sus llantas. Los nenes corrían y jugaban a la mancha a pesar de sus madres que intentaban, aullando, mantenerlos lejos de la mierda del suelo. Algunos hombres se reían bajito con las bocas vacías mirando a las mujeres y las mujeres también se reían, pero se tapaban el vacío de la boca con el gesto automático de los desdentados coquetos. Estaba reflexionando sobre Dios, el pan y los que no tienen dientes cuando apareció la diva por el aire. No era un milagro: los guardaespaldas cargaban la silla de ruedas para que no se hundiera en el barro. Es necesario que quede claro que el centro de El Poso era un pantano de mierda. Susana, que estaba viejísima y ya no se asustaba ni sorprendía por nada, pidió que ubicaran la silla cerca de las señoras chetas y de la estrella de la cumbia nacional, un villero que se quedó en la villa, todos divinos según diversos modelos de divinidad oriundos de Miami.

Las «hermanitas», ex compañeras de trabajo de Cleopatra, iban y venían presurosas llevando basura, trayendo caballetes y tablones, todo en la espalda como buenas, industriosas y maquilladísimas hormiguitas travestis. Había fogones y había señoras gordas al lado de los fogones; de esa mixtura, fuego y gorda, salía un olor encantador a mate cocido y tostadas, a desayuno en casa olía la mañana cuando por fin apareció Cleopatra trayendo unos frascos, «es mermelada de naranjas», las primeras palabras que le escuché sin mediación de cámaras y micrófonos, «es caserísima, la hice yo con mis propias manos y las naranjas son de los árboles del barrio». Se apoyó en el pecho de cemento de la Virgen cabeza y recibió amor y regalos, encantada, se reía y saltaba en el lugar como una criatura, como sigue haciendo todavía a pesar de las patas de gallo y de todos los muertos. Las dos, Cleo y nuestra hija, saltan en el lugar

cuando se ponen contentas, por ejemplo cuando le regalo una Barbie nueva a la nena y un perfume a Cleo. Esa mañana no podía siquiera imaginarlo, pero el olor a hogar y Cleopatra no se irían más de mi vida.

Cleo estaba apoyada en el Cristo, entonces, y recibía huevos, un iPhone, ropa, una gallinita colorada, se rió estrepitosamente la médium de la Virgen: «¡Ay, Gladys, vení a verla, es igualita a vos, hasta hablan parecido!». Nos reímos todos; se parecían de verdad. «Ésta se va a llamar la Gladina», la bautizó Cleo. «Y yo me voy a quedar con los huevos», contestó Gladys. «Siempre igual, vos, creí que te habías regenerado, Colorada». Siguieron los regalos: una camisa de seda, diez baguettes, cajas de arroz blanco, una cartera Vuitton. Cleo saltó como cinco minutos seguidos cuando la diva vieja, su madrina, le dio el perrito. «Ay, Su, gracias, gracias, no te hubieras molestado, qué divino que es, qué es, macho es... ¡Chicas!, ¿cómo le ponemos? Gauchito pongámosle, con nosotras va a vivir rodeado de chinas. Miren, tiene un collarcito. Está todo vacunado. Mejor, porque éste es fino y acá los finos se pueden pegar cada peste», se puso reflexiva la loca mística y remató: «bueno, nosotros también, pero estamos acostumbrados». Con un sentido común que me sorprendió y me sigue sorprendiendo por provenir de una persona que dialoga con seres celestiales, Cleo nos dijo que Dios nos quiere, que en Dios nos queremos y que tomemos la leche; ya era hora y hacía un frío de cagarse, que primero es lo primero. Rezaríamos después. Eran todos alegres y amables bajo el amparo de la Hermana. Se gritaban chistes, recordaban anécdotas, se reconocían como parte de algo, yo no sabía de qué pero me hacían partícipe. Un nenito, tres años tenía, señaló el bulto que hacía mi revólver debajo del pulóver y gritó «pumb!», se tiró al suelo y se hizo el muerto, riéndose y esperando aprobación. Me sorprendió un poco ese saber en un niño tan pequeño, pero El Poso era el reino de la eterna juventud: nadie se muere de viejo sino de enfermedades curables o tiros innecesarios. El nene se levantó riéndose, yo me reí con él, le acaricié la cabeza y se abrazó a mis piernas. Era Kevin.